



LAMENTO CON FLOR

José Pérez

*"Nuestro corazón está prestado
a otros personajes".
Ramón Palomares*

Las tardes de piano, teoría y solfeo, anécdotas de orquestas y alguna escurridiza aparición en televisión —precisamente aquel domingo en que se fue de la casa el padre borrachón— le proporcionaba a la muchacha alguna alegría opaca, de agua tibia en verano, de caño seco con babas hambrientas y pájaros desahuciados en el revuelto charco. Se paseaba por las notas y su cuerpo obeso, infinitamente obeso, liviano, pálido, ingrátido se perdía de la casa, de la sala de la casa, evaporándose hacia otros mundos. El llano era espléndido y triste. El verano dolía en los riñones (de no sé quien, pensando adentro); las vacas se movían solitarias bajo las hojas de pocas nubes, los peladeros de la Mesa dolían sobre la piel de los brazos, después el mar empozaba en sus ojos dos brillos verdecinos, más cristalinos que las lágrimas que le dejaba el padre cada medianoche cuando insultaba a su madre y a ella le decía putadel-

coño. Después siguió hacia la montaña, hacia la lejana nieve de los cuentos de hadas, y vio a un pobre hombre empujando a un asno moribundo cargado de sacos y le sonrió desde ahí, desde su vuelo y se volvió rosa de los vientos, rosa de rosas y rosa de la ilusión. Antes de volver se puso una flor en la frente (redonda, amplia, desheredada), luego la bajó hasta ese seno enfermizo que en dos oportunidades se había rebajado con cirugías baratas porque eran infinitamente exageradas para imaginárselas en la boca de un bebé. Cuando se dispuso a ponerse la flor en el vientre (también grande, montañoso, blanco, acicalado por tantos baños de jabón perfumado) entró el primer, el único estudiante de música que tenía los lunes por la tarde. Lo saludó dentro de su viaje, después dentro de su alma, hasta que lo abrazó y le estremeció el tímpano con un beso arrebatadamente infantil: "jooólaaa".

"Domingo", el padre, tenía la cabeza blanca (ese resto de pelos que le queda) y granulenta. Las extrañas cejas, pobladas y negras, le formaban dos medialunas bien pronunciadas hacia abajo, hasta los pómulos. Reptilina la mirada, amenazante la expresión del ceño. Pocos rasgos que describir fuera de toda ordinariez. Gruesa la voz y pesadas las manos, siempre implacable al trasponer la puerta de la casa. Que esa vaina del piano es basura. Nada mejor para el alma que una rocola. Y buenas que las hay en el pueblo: La de "La Pepita", la de Cucha, la de "El Olvido", la de "El Ponsigué" y "Balconcito". Nada de cellos, violines, bajos, pianos ni maracas. Pura pajarilla. Que se vaya olvidando de esa orquesta juvenil. Me muero de pendejo pero no por idiota. Que se quede aquí digo yo; nada va a hacer esa putadelcoño fuera de la casa por más que aparezca veinte veces al día en televisión durmiéndose en un rincón menequeando la cabeza como ese resto de tarados. Nadie ve esa vaina. Que estudie en la escuela técnica. Que soy un bruto, sí. Y un bárbaro, sí. ¿Y los burros

vuelan? ¿las vacas vuelan? ¿y los chivos? Que se venga conmigo a la granja para que vea bastante músicos con los pie sobre la tierra. Músicos de cacho, oreja y pelos. Que me venga con ese cuento a mí precisamente, a Domingo Palomo, que bastante me he jodido en la vida para darles amor, para bajarlas de esas nubes en que viven. Y si me echo mis palos y me jumeo y juego truco y apuesto al cinco y seis y bareo y puteo y me arrecho es por mi grandísimo placer, por mi absoluta conciencia de la realidad. No soy distinto de los demás. Sencillamente soy diferente. Y si no me quieren recojo mis trapos, hago la maleta. Con don Rogelio la cosa es distinta (las cosas de don Rogelio, que esas mujeres están enfermas que viven en un mundo imaginario que tantos libros las van a volver más locas, los sueños deben ser distintos de esas obsesiones soplando siempre con ultratumba y que se aproxima la venganza eterna cuando es más sencillo escaparse hacia lo inesperado mientras se disipa el humo de este tabaco y uno se ve igualito a como era cuando niño y las matas le daban un no sé que al alma como para enamorarse de la vida de verdad verdad y no con esas pazguatadas de poesías y pianos y chillíos raros que no sirven ni para comer ni para beber no señor uno aprendió a fregarse a fuerza de golpes hasta después de aprender de la cartilla la suma la resta la multiplicación que cuántos granos de maíz hay en una fanega que cuántos pelos tiene un burro acabado de nacer y mire que lo que Dios le echó decirlo era tarea de sabios pero uno tenía un sentido útil de la existencia y las noches no eran tan vacías tan solas tan absurdas que la zozobra nos acaba porque la mente carece de algo práctico que la haga sentir útil para no atrofiarse por la inercia y porque soy un anciano arrinconado en esta casa y apenas ese lorito porque el canario se me murió la vez que me enfermé grave de estos huesos me sirve de consuelo y porque no he caído en esa esquizofrenia que justamente se produce por la ignorancia que se tiene de lo que uno es si no fuera) por ese don

Rogelio yo doy a partir mi brazo. Mire que decirme profe usted cuenta conmigo hasta la muerte sabiendo que él se iba a morir primero que yo era una prueba irrefutable de su compromiso. Que ahora las mujeres digan que su papá y su abuelo y su marido don Rogelio se murió porque no había un hombre en la casa que lo sacara a tiempo para llevarlo al médico todo porque yo llegué paloteado esa noche, es una grandísima calumnia que no voy a soportar y mejor me largo pal carrizo.

La abuelita entró en silencio al corredor contiguo. Leyó con dificultad la media cuartilla que asomaba de la vieja máquina de escribir de buena marca que como regalo de boda había comprado para su hija Rosalba, dormida a esta hora en la cama matrimonial rodeada de cuadros con castañuela antigua y un olor a soledad que atravesaba la puerta y se filtraba por la ventana hasta adormecer las hojas de la mata de enfrente. Había apenas unos cinco versos sobre la página fechada y con registro de la hora de comienzo. Un lejano número romano indicaba la pista de ese largo camino emprendido para tejer y destejer el sentimiento frustrado, la burla inocultable, el fuego apagado de la vida. Al lado de la cifra romana, en un paréntesis hecho con la banda roja de la cinta, aparecían las iniciales del libro en que formarían cuerpo y estructura esos versos, esas palabras y esos sueños. A la derecha de la hoja, bajo la fecha y la hora, estaban las iniciales de su hija; R. R de R. La primera línea, breve, hierática, iba en menoscabo a la nostalgia; Parece que un río gris se juntaba a un sol apagado para dar paso a las cenizas. La segunda línea era sólo una palabra rotunda; La frustración de un vuelo. En la tercera se encadenaban imágenes de sábanas, marchas nupciales, viejos alientos de romances, heroínas mitológicas, una lágrima vegetal. El cuarto verso dejaba escapar su sentido familiar; El baile bajo los árboles, el vals de los quince años. La línea

inconclusa, el vuelo final, anunciaba una cadena en esguince: "bocados salobres campanada ráfaga comp". En la letra final se había quedado atascada la tecla. La viejita la haló hacia sí con la uña para descubrir esa extraña sílaba. Sólo así reconoció la suciedad de la máquina, la falta de servicio, los años transcurridos y comprobó con lástima, por primera vez en tanto tiempo, cuanto había tardado Rosalba en tratar de ser poetisa y en revelar un sentimiento de amor que la vida misma mandó al carajo. Dejó la hoja en su sitio, apretó el bastón y ya en la puerta del cuarto le vio el rostro adormecido, la mueca boba, el cuerpo deforme. Quiso imaginarse el mundo en que ahora vagaba, etérea, lejana, ingrávida.

Las almohadas, grandes muertas esponjosas vestían un doloroso color rosado. Parecían almohadas para juegos de muñecas como la pianola del tocador, símbolo inequívoco del reflejo de amor de otra época. La cortina parecía de tela de blusa. Las fotos saturaban las paredes y la recámara de la ropa guardaba demasiadas cosas. El bisbiseo de la mujer colmaba la atmósfera escasa de las cinco de la tarde. Había luto en su sueño. El enorme pájaro la desmembraba. Se posaba sobre la ceiba seca, perdiéndose por momentos en el corazón hueco de la mata lanzando ahora un grito triunfante de fiera de nube, de terremoto de plumas. En vano intentaba ella desquitarse de la zarpada. Tres zanjas oblicuas le brotaron del rostro pero el ansiado grito de desesperación no terminaba por salir de su garganta. Doliente y enfermiza más que nunca, por su experiencia consciente del mundo, por su blandura, se retrotrajo hasta el cuarto. Miró en la puerta a la anciana. Su mirada era vaga, lejana, en busca de luz. La vio retorcerse y caer sobre el bastón: El pájaro maldito de su sueño le había sacado el corazón por el centro mismo del pecho. Se dio cuenta por la pluma negra que desde el seno se dejó caer sobre el piso. Fue entonces

cuando decidió combatirlo, derribarlo y acabar con él. Por momentos el extraño animal tenía la cabeza de su esposo: una cabeza blanca y deforme, lampiña. Oía su risa escandalosa y chocante. Levantó del suelo su cuerpo amorfo—la misma enfermedad le hizo engordar descomunadamente— Y decidió prepararse en cuerpo y alma para acabar con él: se desnudó, puso sus manos sobre su sexo y esperó al extraño pájaro, ahora en picada desde la rama de la ceiba hasta su cuerpo. Una larga llamarada, un vaho de fuego indetenible arrojó al animal frente a ella, al borde mismo de su entrepierna, escapando como una bola de fuego hacia lo más lejano del crepúsculo. De inmediato vuelve al cuarto y despierta. La viejita estaba relejendo el poema sobre la máquina de escribir y en la sala contigua se oía la lección de piano de la muchacha. Por un momento la vida era libre. Libre de ella.

La escala de notas era un eco de la soledad de la casa, Sólo el golpe en añicos de los vasos y tazas que producía la pobre Rosalba con el temblor incontrolable de las manos creaba a menudo una situación distinta. A veces se quemaba con el té o se malograba las uñas de los pies. Pero el golpe del jarrón causó un efecto aún más inesperado: interrumpió el coito del herrero vecino con una clienta ocasional que de vez en cuando le hacía tomar ejercicios cardíacos para evitarle el vigésimo y quizás definitivo infarto. El hombre se apareció desnudo y ensalivado de esperma hasta las rodillas. La muchacha interrumpió la lección ante la imagen que vio en la puerta, y hasta ese momento el golpe del jarrón no había tenido para ella mayor transcendencia.

La viejita, que en secreto y evitando el ruido de las teclas, como tantas veces, había añadido tres versos a la página de la hija, salió apresurada hacia la sala de costuras, a mitad de corredor. La encontraron sudorosa, ingrávida, más lejana que nunca.

— Los pájaros mataron a Domingo— le oyeron decir para la absoluta incomprensión de todos.

— "Domingo"—dijo el loro en su jaula de alambre dándose por aludido y serenando por momentos los ánimos de sus personajes.

—Olvidate de ese hombre, hija —consoló la viejita— y deja que los pájaros se encarguen de hacerle justicia. Vuelve a tu página.

Dentro de la página habían echado a andar tres nuevas líneas, todas familiares para Rosalba. Las recordaba perfectamente como suyas, olorosas a ella, con su sello personal, incapaz de advertir aquella lástima piadosa y material de su propia madre. En la primera de ellas, enormes vuelos negros cruzaban una línea imaginaria. En la segunda, un instinto primario hacía crecer las flores, y en el tercer verso se derramaba la tarde en el silencio de su enigma. Nada más la noche, sus figuras y sus lamentos se unían a la voz del loro una vez más al ver entrar por la puerta a aquel familiar rostro de la locura: Un pájaro enorme, de pezuñas ensangrentadas, con cara de hombre, de hombre de la casa, de hombre borrachón y cobarde, de bullero, del que le pegó a la pobre Rosalba con los puños, del que tiró al suelo a la anciana, del que le echó agua caliente a una de sus alas para dejarlo al borde mismo de la muerte y pelón como ahora; el maldito "Domingo" que todos en la casa execraban desde la memoria, desde el sueño, desde el delirio.

Rosalba, la muchacha y la abuelita flotaban ahora al través de un sembradío de algodón. La tierra era seca. El sol salobre. Las piedras moradas.. Los chaparros ahumados y la brisa un círculo amarillento que ataba los caminos de la nostalgia. Desde arriba las hondonaduras de lagartijas semejabán minúsculos rasguños. Así

llegaron a un enorme farallón, colorado y profundo, minado de burbujas de fuego, resquebrajado por la temperatura, que se interrumpía tras un recodo de su propia consistencia. Más allá olía a gas. Todo parecía indicar que se dirigían hacia el centro del círculo de sí mismas. Oían con nitidez la anunciación del loro pelón (de la cabeza): El mismo que ahora tenía cabeza de hombre, barbudo, obeso, vengativo. "Domingo", dijo el loro ya muy cerca de sus propios reflejos. Dentro de la casa la página había quedado sobre la máquina, cerca de los almohadones, en el corredor. Los helechos estaban cerca. La mata de coco, injustificada en un patio tan pequeño, semejaba una lombriz.. Habían pasado muchas veces a través del tiempo hasta que los paisajes empezaron a repetirse, definitivamente dentro de un círculo, sin haber podido encontrar a "Domingo" para matarlo, como lo deseaban, así tuvieran que sacrificar sus más elementales rutinas. Rosalba, ingrávida y lejana' intentaba ahora, en vano, recordar una sola de sus páginas, de versos tristes, y ahuecados, lastimosos, hundidos para siempre en su delirio.. Versos imposibles de existir. Flores de lamento cercenadas por la sustancia implacable de la nada.. Vano intento por justificar una historia.. Apenas un vacío, una invisibilidad, se ataban a aquellos números romanos en serie, como antiguos siglos, que semejaban un eterno decaimiento de la materia en la forma inútil de su transparencia y fugaz vuelo. El pretexto de un círculo.. Más plenamente, en un sentido de horario, un domingo.. Como una página de poesía con líneas vivientes flotando sobre una lágrima a punto de estallar..(Gritos y vuelos condenados al delirio de tan lejanos personajes).